

---

# Laura Quintana Crellis

## La segunda vuelta

EN EL MERCADO, una muchacha que no debía tener más de quince o dieciséis años me dijo que me había visto antes, en un libro de fotografía que había utilizado para hacer un trabajo escolar. Yo le contesté que seguramente estaba equivocada, pero ella insistió. Al fin le di mi teléfono y le pedí que me llamara cuando tuviera los datos del libro.

Más tarde lo pensé mejor y comprendí que aquella había sido una forma muy original de acercarse, y que en cualquier momento me iba a llamar para venderme algo. Pronto constaté que me equivocaba. Al final del día tenía en la mano la referencia de un libro editado por primera vez en 1947, en el que, según la muchacha, aparecía mi rostro en una foto de la página 176.

El lunes fui a la biblioteca. Tenía tiempo libre y bastante curiosidad. Yo misma estaba sorprendida por el tremendo entusiasmo con el que estaba acometiendo la tarea y no me desencantó saber que en nuestra pequeña biblioteca de provincias casi no había libros de ese tipo. Aprendí ese mismo día a entrar en las principales bibliotecas de la capital con la computadora, y además hice amistad con el bibliotecario, que encontró muy interesante el motivo de mi búsqueda y que me hizo prometerle que le iba a llevar el libro cuando lo encontrara.

---

Lo tenían en la Biblioteca Nacional, pero en el último momento me ganó la pereza y se me ocurrió que mil veces más fácil era llamar a la muchacha y pedirle que me prestara el libro. Me había dado su teléfono por si quería hablarle. Luego supe que había vivido en aquella casa por muy poco tiempo, porque cuando la busqué ella ya se había ido. Nuestra ciudad no era tan grande y cualquier día podía encontrármela por la calle, pero esperar a esa eventual reunión era más tardado y trabajoso que tomar un autobús e irme a México cualquier día.



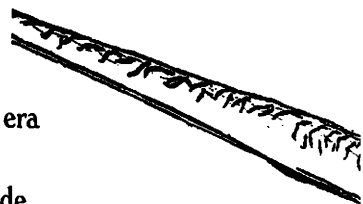
Eso hice. Me llevé el nombre del libro en el bolsillo —que, por cierto, sin proponérmelo, ya me sabía de memoria— y el dinero para la comida y para la vuelta. En el autobús me sudaban las manos y me saltaba el corazón. México era una jungla y me iba a meter en su vertiginosa rutina sólo para mirar si de verdad aquella mujer se había parecido tanto a mí. Tuve el impulso de bajarme cuando pensé que lo que hacía era absurdo, pero me resistí. Luego me vi forzada a reconocer que había seguido adelante con la empresa porque consideraba que el esfuerzo valía la pena.

Muy pronto estuve en la Biblioteca Nacional. Había planeado muy bien la ruta y me salió al pie de la letra. También conseguí el libro sin dificultades. Cuando lo tuve en las manos me fui a un apartado y lo miré con emoción. Pensé que aquello que me ocurría era importante y que me lo merecía porque los últimos meses habían sido tristemente aburridos.

No puedo explicarme por qué, pero, como si conspirara, miré a todos lados para asegurarme de que nadie estaba cerca de mí. Quería que todo ocurriera en secreto y, para observar lo que había en la página 176, me agazapé.

En la foto de la esquina inferior izquierda había varias enfermeras vestidas al uso de la época, con un edificio —que debía ser un hospital— en el fondo, y entre las cuales se destacaba una mujer más alta que estaba en el centro de la foto y que era idéntica a mí. La miré con toda mi atención y no pude encontrar ningún rasgo que nos distinguiera; pedí una lupa al administrador —después de lamentarme porque la idea no se me había ocurrido en casa— y ni siquiera así pude hallar ninguna diferencia: desde aquella foto del pasado, yo misma me estaba mirando.

Busqué el pie de la fotografía. La mujer se llamaba Clarence Bishop y era inglesa. Había trabajado muchos años en el hospital que aparecía en la imagen, pero durante la guerra había asistido a los soldados en el campo de batalla. Aunque físicamente éramos idénticas, pensé que nuestras vidas no podían ser más distintas. Yo no podía tolerar la sangre y en el cine evitaba las películas violentas. Debía de ser algo hipocondriaca porque no podía enterarme de desgracias ajenas sin imaginarme que me estaban ocurriendo a mí. Buscar las diferencias entre nuestras vidas me pareció tan divertido como ver las similitudes entre nuestras caras: era como si, muchos años antes de



---

mi nacimiento, alguien hubiese practicado otra historia con mi cuerpo; me gustó pensar que no estaba viviendo por primera vez y que, en realidad, en materia de experiencia, yo ya estaba por la segunda vuelta.

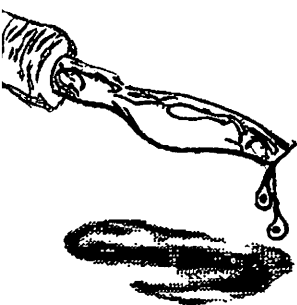
Aquel libro no decía casi nada más. Las fotos remitían a breves notas y la biografía de Clarence Bishop era de las más largas porque aquella mujer había tenido cierta notoriedad; como su actividad había sido infatigable y su colaboración durante la guerra había determinado ciertos éxitos posteriores en materia de legislación sanitaria, el libro se ocupaba de describir sus logros con minuciosidad y enumeraba las deudas que la medicina actual tenía con ella. Lo que a mí me llamó más la atención, de todos modos, no tuvo nada que ver con sus logros profesionales: me sorprendió el año de su muerte.

En la imagen parecía tener mi edad. Sin embargo, aparentemente, ella había muerto el mismo año en que había sido tomada la fotografía. Decía, con una desesperante parquedad, que su muerte había ocurrido en circunstancias nunca aclaradas, aunque se suponía que había sufrido un accidente en su propia casa. Por eso el material no significó ningún consuelo para mí y más bien aquella visita a la Biblioteca Nacional incrementó mi curiosidad. Busqué y no encontré ningún otro libro sobre aquella mujer. Sí supe que existía uno en el que se describía su aportación en materia del tratamiento de ciertas cirugías de emergencia, y que era prácticamente imposible conseguirlo. Si acaso, podía ser que lo tuviesen en alguna biblioteca inglesa.

Comí en una cafetería que estaba cerca de allí y volví a casa. No podía pensar en otra cosa que en Clarence Bishop y había decidido que tenía que saber algo más sobre su vida y especialmente sobre su muerte. Tardé mucho en hallar una nueva manera de llegar a ella, pero al fin se me ocurrió recurrir a mis nuevos conocimientos. Fui a la biblioteca estatal y desde allí le pedí a mi nuevo amigo que me conectara con alguna librería virtual.

Eso lo hice varios días después. Tenía la fortuna de trabajar sólo tres días a la semana y entonces me quedaban dos para dedicarme a mis peculiares averiguaciones. Resistí mi timidez natural y cedí a la tentación de contarle a mis alumnos lo que estaba haciendo; tuve la alegría de ver que en los demás se repetía la misma fascinación que ya había en mí: realmente era inverosímil que algo así ocurriese y servía para inflamar la imaginación de todos los que se enteraban. Pensé que, de algún modo, era como si el tiempo se estuviera mordiendo la cola, o como si se estuviera descubriendo, por error, alguna ficción que entretendría todas las vidas: el mundo de pronto me parecía un teatro y tenía la sensación de que le había fallado un truco y que por eso se le estaba destapando la maquinaria.

Pude llegar al libro, después de varias jornadas agotadoras, y cuando ya mi destreza en el uso del internet era asombrosa (para mí, no para mi amigo





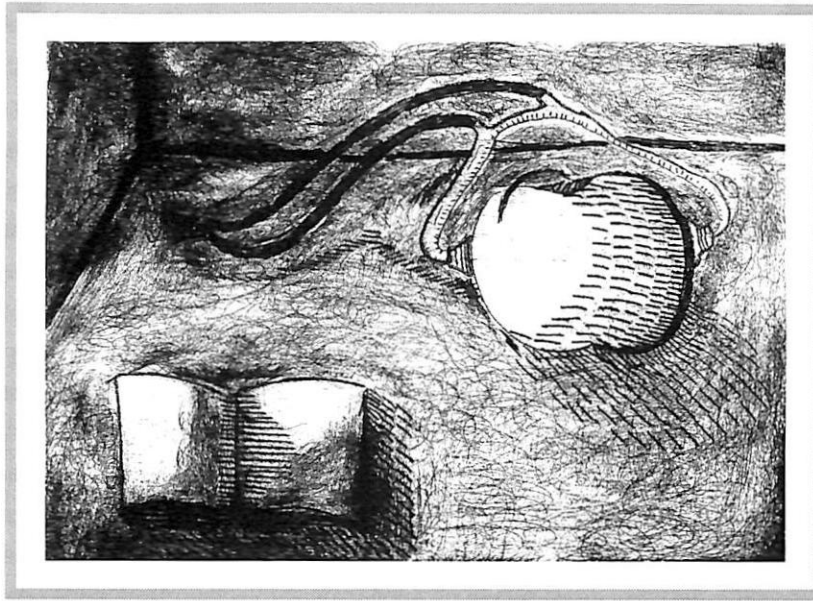
IVAN VÁZQUEZ

el bibliotecario) conseguí encargarlo y comprarlo; y lo recibí varias semanas después. Aquel día me lo llevé a la cama, con una sensación de triunfo en el pecho.

Es que Clarence ya me fascinaba, pero tenía que reconocer que no me pasaba eso tanto por su heroicidad sino porque sentía que era yo misma mirándome al espejo. De todas formas, y más allá de ese súbito e imperdonable narcisismo, podía reconocer que ella había sido muy valiente y que siempre había optado por el camino más difícil, por el más correcto: ciertamente era una persona admirable. Me detuve en todos los episodios destacados, pero me apresuré a llegar al final. Lo que quería saber era cómo había muerto.

En este libro entraban en detalles.

Aparentemente, Clarence se había recluso en su casa en los últimos tiempos y alguien había dicho que sufría ataques de esquizofrenia. Eso no había podido confirmarse porque ella se había alejado de la gente que la conocía y era difícil reconstruir las cosas que le habían pasado durante los últimos meses. Sí se sabía que se sentía continuamente perseguida porque alguna vez había ido al hospital —cuyo puesto había abandonado abruptamente y sin ningún motivo concreto— y allí había hablado sobre aquello que ella llamaba sus visiones. En una entrevista que le habían hecho a una antigua amiga poco tiempo después de la muerte de Clarence, ésta había afirmado que aquellas visiones de ningún modo eran para ella una



fantasía: de hecho, dijo que Clarence sabía que iba a morir desde mucho tiempo antes y que había adelantado que su muerte no iba a ocurrir por accidente.

En el libro trataban el asunto porque evidentemente al escritor le gustaban las ironías, y era de algún modo irónico que una mujer que había intervenido en las diversas formas de la medicina y que había dedicado su vida a las dolencias del cuerpo, se hubiese visto al fin trágicamente arrastrada por una enfermedad de la mente. La declaración de la amiga seguramente la ponían porque era irresistible sugerir un doblez en aquel fallecimiento inexplicable.

Después de todo, Clarence había aparecido muerta en su casa tres días después de que algo, no se sabía qué, le había provocado un ataque al corazón. El escritor no quería decir que estaba enferma; prefería sugerir que algo la había aterrorizado.

Pocos días después, conseguí la referencia de un instituto de psiquiatría que aparentemente existía en Leeds, Inglaterra, y que llevaba su nombre. Deseé con fervor que tuviesen allí más documentación sobre ella y dediqué mis ratos libres a inventarme una historia donde Clarence era el sujeto central de una tesina. No utilicé esa, mi carta maestra, lo que fue al fin muy atinado: cuando escribí al instituto me enteré de que había sido creado por la sobrina nieta de Clarence y que ella estaba más que dispuesta a sostener correspondencia conmigo acerca de su tía abuela. El correo electrónico se convirtió en mi nueva bendición.

---

Clarence Bishop era una celebridad entre sus descendientes indirectos. Habían reunido y guardado todos los recortes acerca de su muerte y estaban convencidos de que había sido asesinada. En su familia no había historia de enfermedades coronarias y creían a pie juntillas todo lo que se suponía que ella había dicho. Se imaginaban conspiraciones a su alrededor y habían destinado bastante tiempo a buscar algún motivo y algún culpable, pero no habían encontrado nada; eso, de todas formas, no modificaba en absoluto su inquebrantable convicción de que su tía había sido la víctima de una trama que era preciso explicar. Sobre la supuesta esquizofrenia, hablaban con desprecio, si es que hablaban. No consideraban que tal hipótesis pudiera caber en una discusión razonable sobre el tema.

Por supuesto que se quedaron fascinados cuando yo les dije que el motivo de mi interés eran nuestras apariencias idénticas: intercambiamos fotos y pude darme cuenta de que no me había dejado llevar por una falsa ilusión. Ellos también se mostraron asombrados ante mis retratos.

Cuando creí que había obtenido ya toda la información que era posible conseguir, desperté de un estado de anonadamiento sobre el que pude pensar sólo cuando me sentí libre de él. Desde que me había embebido en la historia de Clarence Bishop, había hecho un hábito que consistía en dar mis clases, casi sin mirar a mis alumnos a la cara, y en irme a la biblioteca local, a una de las computadoras más apartadas, donde poco a poco había ido rechazando a mi amigo el bibliotecario, que bien pronto había dejado de sentirse mi amigo. Me di cuenta de la materia de la que están hechas las obsesiones, y decidí festejar el fin de las clases obligándome a asistir a la fiesta de los alumnos —cosa que nunca hacía— para forzarle a hablar con algunos de ellos. Sentía que había perdido la capacidad de comunicarme con la gente de carne y hueso, y aunque confiaba en que salir me iba a mostrar que no, tuve que reconocer que efectivamente ya no era la misma: me saltaba el color a las mejillas, a mi edad —que no era tanta edad, pero suficiente—, y no encontraba nada que decir cuando tenía a alguien a mi lado. Sentí que era patética, aunque definitivamente era mucho más capaz de entender la tecnología de lo que nunca había creído. Saber eso, ahora, ya no me provocaba el mismo placer que los primeros días.

Las vacaciones me encontraron con computadora nueva. Aproveché mis días fuera de casa para pedir prestada una a la escuela, con la excusa de que tenía que adelantar mi tesis. Nadie creía (ni yo misma) que algún día fuese a terminar esa tesis, así que tuve que sufrir muchas felicitaciones y todavía más recomendaciones. Cuando pude volví a casa y, aunque prometí que el internet lo iba a tocar sólo un ratito, pronto volví a caer prisionera. Mi tema obsesivo era Clarence Bishop, y la correspondencia que sostenía con su familia me incitaba a conectarme una vez tras otra, hasta el cansancio y hasta el absurdo.

---

Pronto su vida comenzó a aparecer en mis sueños. No podía saber quién era ella sin identificarla enseguida conmigo. Además había tenido que reconocer que aquello que me pasaba no era accidental y que en el fondo yo siempre había sido una ermitaña. Me puse a recordar mi infancia, cuando me escondía detrás de la cortina para no tener que salir a jugar con los vecinos, y el pánico que sentía de que la gente me mirara con atención. Busqué motivos para aquella conducta y encontré muchos, pero al fin decidí que eso no era lo importante sino el hecho —la certeza— de que en mi naturaleza primaba una voluntad de aislamiento y de que en el fondo era completamente incapaz de tratar con los demás. Si había podido salir adelante hasta aquel momento era por una circunstancia meramente casual y porque en realidad no me había conocido; ahora que estaba al tanto de mi verdadero yo, no iba a poder volver a salir de casa.

Entonces empezó en mí el terror de esperar el primer día de clases. No quería pensarlo y deseaba encontrar las fuerzas necesarias para volver a empezar, pero temía que ya no existiesen en mí. No quería ver ni oírme decir nada al respecto. Me metía a navegar y Clarence era lo más próximo a una amiga, y su familia era lo más próximo a una familia. Pero no creía del todo en ellos: en el fondo no sabía si de verdad existían; estaban muy lejos y sólo tenía papeles que bien podían ser una ficción o una mentira.

Era difícil para mí creer que eran reales.

Cuando llegó el primer día de clases, simplemente lo dejé pasar. Había aplazado la obligación de llamar a la escuela para pedir que me programaran el semestre siguiente, porque me había dado cuenta de que mis ahorros me permitían tomarme unas vacaciones. El día que saqué las cuentas sudé frío ya que entendí que eso terminaba de enclaustrarme en mi casa. Si no había un peligro inminente de tener problemas económicos, nada iba a sacarme de allí.

Cuando me llamaron para preguntarme lo que pasaba, dije que estaba en el empeño de sacar mi tesis y que me iba a tomar el tiempo para hacerlo. De algún modo, eso beneficiaba también a la escuela, así que me desearon muy buena fortuna y me aseguraron que las puertas, en el semestre siguiente, estaban abiertas para mí. Recordaron que tenía la computadora en casa, pero me dijeron que me la quedara todo el tiempo que quisiera. Así que cayeron en mi trampa y me dieron carta abierta. Después de que colgué me metí en la cama: revisaba lo que había dicho una y otra vez, y me aterrorizaba recordar cualquier titubeo, cualquier error.

El sobrino de Clarence era un muchachito de unos diecisiete años y fue el que sostuvo la correspondencia conmigo por más tiempo. Hice algunos esfuerzos por imaginármelo y no podía verlo de otro modo que flaco y caótico, escurriéndose de las clases y de las obligaciones. En mi mente tomó la figura de un alumno que había tenido unos años atrás y que partía el corazón de tan indefenso que parecía, de tan frágil. Así pensaba que era él

---

también, aunque no me había dado ningún elemento para creer que estaba en lo cierto. Tal vez es que prefería imaginármelo así, para quererlo un poco.

Él me siguió escribiendo cuando todos los otros abandonaron porque sintieron que el tema no daba más de sí. Yo quería apagar la computadora, pero no lo hacía. Clarence y las cartas para su sobrino eran mis únicas distracciones. Por momentos me sentía realmente furiosa y veía mi vida vacía. Una vez sonó el timbre, eran testigos de Jehová: mi sobresalto, el hecho de que me saqué los zapatos para llegar a la puerta sin hacer ruido, la manera en que me asomé por la mirilla, cómo contuve la respiración, el golpeteo de mi corazón en el pecho, todo eso, me hizo temer por mí misma y pensar que no estaba nada bien. Me fui a la cama porque sentí que allí podía guardarme en secreto. Decidí que ya no quería saber nada de lo que había afuera. Pensé que el futuro me proveería de recursos para no volver a abandonar mi casa y que, si no lo hacía, ya no me importaba: era incapaz de formular siquiera una solución viable, no quería ni pensar.

Él me escribió una carta muy oportuna. Ya compartíamos ciertos secretos. Yo le había dicho que él era mi alma gemela y que de seguro lo sentía así porque nos unían lazos familiares: se lo dije como una broma, pero pensaba que desde ciertos puntos de vista podía ser verdad. A estas declaraciones absurdas de afecto, él no se tomó la molestia de contestar, pero a mí me permitían sentirme mejor, relacionada con alguien. Gracias a eso yo sentía que nuestra amistad electrónica guardaba cierto equilibrio.

Me dijo que su tía (tía remota, por cierto) había dejado un diario en el que, sobre las últimas páginas, declaraba sufrir un miedo tremendo a la luz. No me lo habían dicho antes porque la familia no había encontrado nada de particular en aquel dato. Si el sobrino me lo contó fue porque ya casi no le quedaba qué decir. Yo me quedé pensando en aquello y, por primera vez en mucho tiempo, miré mis cortinas, que cada vez duraban más tiempo cerradas. En ese momento me di cuenta de que la vida de Clarence y la mía se habían encontrado y que no sólo teníamos parecidas las caras. Entendí que éramos lo mismo, que a mí también me estaba esperando su muerte, que debía estar a punto de repetirse el accidente que se había llevado a Clarence, porque también era parte de mi destino. Entonces le escribí a él y le prometí que iba a decírsele todo. La muerte de Clarence ya no sería un misterio. Yo iba a revelarles la verdad. Dejaría todos los datos que pudiera. Los ayudaría a atar cabos. Ahora me esfuerzo por referir mis más insignificantes temores, todo lo que me pasa. Lo envío enseguida. En algo de todo lo que cuento se encierra la explicación de la historia incompleta de Clarence Bishop. Estoy escribiendo el final de su biografía y, cuando tocan a mi puerta, cuando camino, cuando pongo un poco de orden en mi casa, cuando hago cualquier cosa, sé que puede estarme esperando la muerte que fue escrita hace cincuenta y dos años para mí. LC